

Víctor Castro

Luis Toro Ramallo



UESTA creer en la muerte de Toro Ramallo. Porque ese hombre, de robusto aspecto, parecía llevar la existencia debajo del brazo, como si con ella hiciera cuanto se le antojara, cuanto los días le inspiraran, en la cotidiana bohemia por las calles de Santiago.

Así, le vimos muchas veces tomando parte de ese cuadro nocturno de ciertas calles, a ciertas horas, cuando se lleva en la sangre cierta inquietud de inconocibles orígenes, y es necesario mirarlo todo, sentirlo todo, en la rotunda inconsciencia del corazón, de los nervios, de los labios, del más puro sueño. Y hablarle, entonces, era como resucitar de otra vida a ese hombre que, al día siguiente, nos estaría moteando, haciendo la broma agradable, sintiendo su Patria con la altura de todo hombre que le conoce sus virtudes y sus defectos.

De este Santiago nuestro, tomó mucho para su obra literaria. Doce años estuvo en Chile, y lo más granado y numeroso de su labor lo produjo en esta tierra. Libros como «Fuente de Soda Azul», «Ahumada 75», «Oro del Inca», fueron editados en nuestro país, y estos dos primeros volúmenes reflejan ese escenario que tanto le gustara vivir, con loca plenitud, sabiendo desde el corazón esa corta existencia, que, sin embargo, nunca le asomó por la ancha sonrisa de quien miraba profundo.

Y en sus libros «Chaco» y «Cutimuncu» pinta, con una honradez conmovedora, la guerra que soportó su país, y el desengaño y las aflicciones del soldado que regresaba del frente, ante el espectáculo horroroso que ofrecía el país a la salida del amargo torrente de fuego, sangre, desesperaciones.

«Atenea» publicó, en uno de sus últimos números, un cuento, fina verdad de esa conciencia artística que animaba en Toro Ramallo. Porque a pesar de su bohemia, trabajó siempre, escribió siempre, y siempre estuvo preocupado de su oficio, única disciplina que parecía tomar en serio.

Dicen que, aun cuando fuego y sangre se entrecruzan en su libro «Chaco», Toro Ramallo no estuvo en el campo de batalla. Sin embargo, recordamos con precisa visión esos relatos que le llenaban de excitación, al referirnos la lucha que sostuviera en el aire, con un avión enemigo...

Y ahora, Toro Ramallo se ha ido. Hemos perdido un escritor de América, donde las nuevas y firmes voces, como las de él, son más necesarias que nunca. Y este sencillo, modesto homenaje nuestro, que lleve la inevitable virtud de estrecharle la mano, allí donde no se ve, sino con ese rumor del ancho corazón.